



<http://theflneursturtle.com>

Mi visita a Auschwitz–Birkenau

Celina Elia Reyes Ruiz*

A pesar de todo creo que los hombres son buenos.

Ana Frank

Desperto a las seis de la mañana con una gran excitación por la visita que realizaré el día de hoy. Los seres humanos pensamos erróneamente que todo lo podemos controlar, incluyendo las emociones. Tomo un baño con agua caliente; el clima, a pesar de ser primavera, es frío, nublado y lluvioso. Siento mi corazón en la garganta, en las sienes, oigo mis latidos, casi los puedo contar, es por la espera.

A las ocho en punto llega el autobús. El camino es hermoso, la carretera bordeada de árboles, en donde predominan las pináceas, con casitas de ladrillo rojo, humeantes chimeneas que me invitan a entrar y tomarme una espumosa taza de café con leche de vaca recién ordeñada. El paisaje sobrepasa mis expectativas.

Conforme avanzo, siento una extraña opresión en el pecho, nos estamos acercando a Auschwitz, otrora campo de exterminio convertido en museo. El autobús se estaciona

**El corazón duele, esto
sobrepasa todo lo imaginado, la
entrada a las chozas es de a poco, a ese ritmo
llega la reflexión y hay que tratar de digerir.**



<http://fotopolska.eu>

en el sitio indicado, la neblina no permite ver a larga distancia, sólo se distinguen figuras como fantasmas.

Al final piso tierra firme, mojada por la pertinaz lluvia, el frío es terrible y aunado al viento que corre se siente aún más. Hay que comprar la entrada, la línea es larga, demasiada gente, demasiados jóvenes con la incertidumbre pintada en sus rostros, creo que al igual que yo, no saben a lo que se enfrentarán.

Recorro junto a un grupo el pequeño pasillo lleno de árboles, nos han asignado una guía, una mujercita muy joven, la interrogo, vive allí desde siempre. De repente la entrada al campo con la frase tantas veces escrita: *"Arbeit macht frei"* (El trabajo te hará libre). De inmediato llega a la memoria una serie de hechos ocurridos ahí.

El espacio es hermoso, es difícil creer que en este lugar se hayan cometido tantas atrocidades. Las barracas de ladrillo rojo permanecen como mudos testigos de esos acontecimientos. Los alemanes no las pudieron destruir a la llegada de los rusos. Las inseparables vallas de alambre electrificado están intactas. El corazón duele, esto sobrepasa todo lo imaginado, la entrada a las chozas es de a poco, a ese ritmo llega la reflexión y hay que tratar de digerir. Conforme camino, la piel se enchina, la garganta se cierra, tan solo escucho el ruido de los pasos; las voces humanas han desaparecido, la incredulidad y el asombro llegan al entrar en una barraca y ver dos toneladas de cabello humano, sin vida, de deslucidos colores y formas, objetos personales: zapatos de mujeres y de hombres; diversas prótesis de brazos, piernas, manos; piezas ortopédicas, maletas con los nombres y las fechas en grandes letras, vestiduras litúrgicas judías, cepillos para el cabello, instrumentos de barbería, brochas, navajas, cepillos dentales, cucharas, tenedores. Lo más patético, ropa y juguetes de bebés, y una gran vitrina con las latas vacías del Zyklon B, utilizado en las cámaras de gas.

Uno de los momentos más impactantes es la entrada a la barraca número 10. Ese lugar fue en donde Josef Mengele y otros muchos, acondicionaron su quirófano en el que realizaron los experimentos más atroces; la esterilización de mujeres mediante la inyección intrauterina de fenol; la despresurización en los prisioneros hasta estallarles los pulmones;

Es sobrecogedor, las chimeneas lo atestiguan. A la llegada espera la vía del tren y un vagón como la puerta de entrada hacia el horror. No puedo decir que se escuchen lamentos; ni a eso tenían derecho los judíos que tomaban el último tren.



<http://www.flickrriver.com/photos/fotosdegrancanaria>

la congelación de los cuerpos y reanimación mediante masaje; la extracción de huesos para injertos posteriores sin ningún tipo de anestesia; la eliminación de mujeres para la extracción de la grasa y la posterior utilización en la fabricación de jabones; la extracción de la piel de judíos tatuados para la elaboración de bolsas para las mujeres de los altos mandos nazis, o la fabricación de lámparas decorativas; los experimentos en gemelos para probar teorías de características diferenciales; el contagio a prisioneros de tifus, para probar nuevas vacunas; la trepanación de cráneos de los prisioneros sin anestesia y la extracción del cerebro para saber qué contenía. Ver las fotografías de ellos es una puñalada al corazón. La barraca 11 o llamada "la de la muerte", un lugar con cubículos de un metro cuadrado en donde introducían a doce prisioneros, de ahí nadie salía vivo. El paredón, las celdas de castigo y la plaza de ahorcamientos.

A tres kilómetros de Auschwitz se encuentra Birkenau, la mayoría de los turistas hacen el recorrido por las vías del ferrocarril. Unos altísimos álamos plateados limitan el campo, al fondo está el bosque. Es más grande que el anterior, las barracas construidas de madera fueron quemadas por los nazis, algunas sobrevivieron y se pueden visitar. Hace un frío que cala los huesos, en ese momento se percibe lo mal que la pasaron los infelices que tuvieron la desgracia de habitar esos sitios con un pijama a rayas.

Es sobrecogedor, las chimeneas lo atestiguan. A la llegada espera la vía del tren y un vagón como la puerta de entrada hacia el horror. No puedo decir que se escuchen lamentos; ni a eso tenían derecho los judíos que tomaban el último tren.

Es indescriptible la sensación a la entrada a las cámaras de gas y a los hornos crematorios, en un sitio en el que se maquillaba la muerte. Dicen los que saben que hay que cerrar ciclos que para mí son vitales, estoy tratando de hacerlo con la visita y este pequeño escrito, no sé si lo logre, por lo pronto, hay que dejar que los muertos descansen en paz.

Cracovia, Polonia

5 de abril de 2012

*Egresada de la Licenciatura en Literatura Hispanomexicana de la UACJ.

Fecha de recepción: 2013-04-09

Fecha de aceptación: 2013-08-08



7

CUADERNOS
FRONTERIZOS